

á espiarle, sabiendo cada día cosas nuevas. No había fiesta, ni baile, ni función religiosa adonde éste no llevase á su mujer.

El doctor Brousse reflexionaba sobre este régimen con una enferma de tanta gravedad.

Un día se encontró á Fabregues y á su mujer en la calle.

La joven caminaba con ligereza, apoyada en el brazo de su marido.

El doctor Brousse clavó sucesivamente su escrutadora mirada con cierta piedad en los azules ojos de la enferma y con verdadera ferocidad en los de su colega.

Fabregues sostuvo aquella mirada sin turbarse.

Lejos de eso, contestó con un deferente saludo á aquella furibunda mirada y preguntó al viejo pontífice de Mont-Dore con tono amable:

—¿Estáis bien, querido doctor?

Este siguió su camino murmurando algunas palabras que podían muy bien ser tomadas por un cumplimento.

Cuando se alejó dijo Matilde á su marido:

—¿Por qué me miraría así?

—¿El doctor Brousse?

—¿Es ese, verdad?

—Sí. Es un original.

—Dicen que es el mejor médico de Mont-Dore.

—Bien. ¿Y Jordal? ¿Y yo?—dijo Fabregues sonriendo.—¿Y los otros?

—Es igual; pero me ha asustado.

Fabregues le tranquilizó y le dijo:

—Iré á ver á Jordal.

La hostilidad del doctor Brousse le inquietaba.

Aquel día Fabregues estuvo menos locuaz con su esposa.

Su pensamiento estaba en otra parte.

Pensaba que hacía ocho días Elena no había contestado á sus cartas, y se preguntaba angustiada la causa de aquel silencio.

Hubiéra querido poder escapar á París, aunque fuese solo por veinticuatro horas.

Pero la siniestra tarea que se había propuesto le retenía en Mont-Dore.

Un accidente imprevisto debía precipitar el desenlace.

## XIX

La mirada desconfiada del viejo Brousse había puesto en guardia á Fabregues.

Comprendió que necesitaba un amparo contra él.

La eficacia de las aguas de Mont-Dore es indiscutible; pero siendo peligrosas por su misma energía, exigen una mano experta que sepa administrarlas en la medida de las fuerzas del enfermo.

Además, un médico, por célebre que sea, no acepta nunca para sí solo la responsabilidad del tratamiento de los seres que le son queridos.

Las dos celebridades médicas de Mont-Dore eran en aquella época los doctores Brousse y Jordal.

Seguro de la enemistad del primero, Fabregues se decidió á acogerse al amparo del segundo, que había demostrado siempre á aquel las atenciones que su natural benévolo tenía para todos.

Jordal era un tipo curioso.

Por su casa de la calle de Jardines habían desfilado los artistas más célebres del mundo.

Las paredes de su gabinete de consultas estaban adornadas con magníficos retratos, como ex votos de clientes reconocidos, que habían puesto al pie de ellos las más afectuosas dedicatorias.

Poniendo su bolsillo al servicio de sus convicciones, Jordal llevaba su entusiasmo hasta el punto de proteger espléndidamente á los jóvenes aprovechados y pagar á los artistas con verdadera prodigalidad las obras con que enriquecía sus salones.

El doctor Jordal tenía también otras debilidades: un corazón lleno de ternura y piedad bajo formas rudas, y el culto á la pesca con caña.

En su físico es un robusto aldeano de Lignagne. De cuarenta años, moreno y barbudo, el semblante reposado, el cráneo desnudo, las maneras bruscas y rústicas: tal es su persona.

Hombre de pocas palabras, expresa su opi-

nión con un gesto ó una frase, que siempre se comprenden.

En el fondo es un sabio modesto que huye la exhibición y el reclamo.

Sus descubrimientos por las enfermedades especiales forman época. Ninguno conoce mejor que él las fuentes de Mont-Dore, que ha estudiado con el ardor del sabio, pasando inviernos enteros entre las nieves de sus queridas montañas.

Al siguiente día del encuentro de Fabregues con el doctor Brousse, Jordal estaba tranquilamente en su gabinete, preparando, con uno de sus amigos, artista, la organización de una de esas *soirées* legendarias, que atraían tanta concurrencia á Mont-Dore.

—¿De modo que será un éxito, querido mio? —preguntaba el doctor Jordal.

—Contad con él.

—¡Soberbio!... Solo que nos queda poco tiempo.

—¿Y para qué queréis el telégrafo?

—¿Estais seguros del apoyo de la señora?...

—En cuanto se lo ruegue acudirá.

—¡Y la señorita?...

—Colosa como un tigre.... Ella querrá sobresalir sobre todas.

—¿Qué haremos?

—La veré.

—En fin, tenéis carta blanca.

—Estad tranquilo.

El artista, que era el barítono Melchi, el

alma de las *soirées* que hacen época en un establecimiento de baños, estrechó la mano del doctor; pero antes de irse lanzó dos ó tres notas formidables.

—Esto suena bien, doctor.

—¡Ya lo creo!

El artista se dió un puñetazo en el pecho con satisfacción y desapareció.

Poco después, cuando Jordal se recreaba con la perspectiva de lo que él llamaba su fiesta, el criado anunció al doctor Fabregues.

—Hacedle entrar—dijo Jordal, algo sorprendido por la visita.

El gascón sabía cuál era el lado débil de su compañero.

—¿Qué es lo que me acaban de decir, querido doctor? ¿Conque vamos á disfrutar un concierto soberbio?

—Durante diez dias.

—Gracias á vos...

—¡Eh!... ¡Eh!... Gracias á mí... y á otros—dijo Jordal, mientras hacía como si arreglase los papeles de su mesa. —¿Qué deseais de mí?

—Vengo á pedir os un favor.

—¿De qué se trata?

—Habéis sido siempre para mí el mejor de los compañeros.

—¡Oh!...

—Sí, y estoy sumamente reconocido. En este instante me encuentro en una grave situación.

—¿Es posible?

—Vais á verlo. Me he casado con una mujer á la que amo apasionadamente. Tiene veinte años, su salud no parece estar gravemente comprometida, sin embargo, no puedo sustraerme á ciertos temores. Su madre murió de tisis, que yo creía accidental y que después de mi casamiento he sabido que era hereditaria.

—Según se asegura, ha sido un matrimonio magnífico. Recibid mi enhorabuena.

El gascón movió la cabeza.

—Nada de eso—dijo:—esos son rumores sin fundamento, hablillas de envidiosos.

—Sin embargo...

—Os aseguro que este matrimonio es de lo más vulgar bajo ese punto de vista. He cedido al más puro y al más tiránico de los sentimientos.

—En fin, ¿qué deseais?

—Estoy atormentado por mis temores...

—¿Acerca de quién?

—De Matilde.

—¿Se llama Matilde?

—Matilde Borel.

—Se habla de millones...

—Lo que ha podido originar este rumor es que tiene una tía rica; pero comprendéis...

—¿Qué?

—La tía es aun joven y goza de una salud perfecta, y con mi experiencia de médico puedo asegurar que Matilde no poseerá jamás un céntimo de esta herencia hipotética. Bien comprendereis que no es el interés el que me ha impulsado.

Fabregues decía esto con verdadera emoción.

—Al grano,—dijo.—¿Qué deseais?

—Que consintais en visitarla dos ó tres veces á la semana.

—Como gustéis.

—Y que tengais á bien darme vuestra opinión sobre su estado y el tratamiento que se debe seguir.

—Nada más fácil.

—¿Creeis que yo empleo todos los medios posibles para contener el mal?

—¿Qué resultado habeis obtenido?

—Una mejoría muy sensible desde su llegada á Mont-Dore: recobra fuerzas y apetito, la respiración es más normal.

—¡Eh!—gritó Jordal con entusiasmo!—¿Qué aguas? He oido hablar de vuestra enferma, y según se cuenta, no le dais punto de reposo. ¿No temeis?

Fabregues tembló.

La pregunta de Jordal respondía á los rumores que corrían sobre el tratamiento á que estaba la joven sometida.

—Es preciso proceder enérgicamente. La verdad es que he obtenido una increíble mejoría... Ya veréis.

—¿Tenéis esperanzas?

—No.

—¿Por qué?

—No sé... vacilo, no me atrevo... ya veréis, vos veréis. Si me aconsejáis continuar como

hasta ahora, trataré... he hecho cuanto he podido... es un mal terrible... Y la amo mucho, sí, mucho,—añadió con un gesto de desesperación, para juzgar con serenidad.

Jordal le observaba con atención y no vió más que las señales de un dolor verdadero, que no dejaba de admirarle.

—Bien, bien,—dijo con su ordinaria rudeza:—iré. ¿Cuando queréis que vaya?

—A la hora que queráis.

—A la que digáis.

—¿Queréis mañana á las once?

—Bien.

Jordal saludó amistosamente á su compañero, que salió.

—¿Por qué representa esta comedia este bestia?—se dijo Jordal al quedarse solo.

Pero prevaleciendo su natural bondadoso, dijo:

—Después de todo, quizá es sincero. Ella es hermosa. ¿Por qué no adorarla? No me desagradaría este conocimiento. Le rogaré que asista á nuestro concierto.

Al siguiente día, después de un serio reconocimiento, dijo á Fabregues:

—Está muy mal, pero con grandes cuidados quizás podríamos salvarla, y en último caso, prolongarla la vida por mucho tiempo.

Fabregues se mordió los labios y no contestó:

## XX

Algunas horas después, al volver Fabregues á su casa de su excursión por la campiña, Matilde había manifestado el deseo de descansar hasta la hora de la comida.

Por la primera vez desde su llegada, se quejó de gran laxitud, de desfallecimiento general.

El doctor se sonrió para tranquilizarla.

Aquello era la inevitable consecuencia del tratamiento á que la había sometido.

Ayudó á la paciente á acostarse y murmuró muy bajo á su oído ardientes palabras de amor que hicieron sonreír á la joven.

Al salir de su casa para entregarse á sus sueños por el parque, observó que su criado le seguía á alguna distancia.

Entonces volvió y le preguntó bruscamente: —¿Qué quieres?

La calle estaba llena de gente. Sulpicio puso un dedo en los labios y señaló un terreno desocupado situado entre dos quintas de recreo, construidas hacía poco.

El doctor penetró allí.

—¿Y bien, qué?

Sulpicio contestó solamente con estas palabras:

—Ella ha venido.

Fabregues no insistió en sus preguntas.

—El señor comprende — continuó Sulpicio con ironía bien disimulada, — que no podía dar-

le la noticia ante los criados y menos ante Juliana.

En efecto Juliana detestaba á Fabregues, que en su concepto, había ido á turbar la paz de la casa de Breville. Para ella, Fabregues era un malhechor vulgar.

Esta aversión estaba sostenida por ciertas cartas á que respondía en algunas palabras.

Estas cartas eran de la señora de Breville y del oficial Bures.

Este desgraciado había concebido un odio profundo contra el doctor Fabregues, que á sus ojos era culpable de un rapto agravado por el robo.

Juliana le tenía al corriente de cuanto sucedía en Montt-Dore.

Fabregues no dudaba acerca de los sentimientos de la criada, aunque esta los disimulaba cuidadosamente; pero no se atrevía á privar á su mujer del único servidor que le quedaba de su antigua familia.

Por el contrario, una de las habilidades del doctor era la de satisfacer los deseos de su esposa, y llevaba en esto su disimulo hasta el extremo de hacer elogios de Juliana, procurando á la vez captarse sus simpatías, aunque sin conseguirlo.

Ante la revelación de Sulpicio, vaciló un instante, pero se repuso en seguida.

—¿Dices que ella está aquí?

—Al menos estaba no hace mucho.

—¿La has visto?

—Como os veo á vos.  
 —¿En dónde?  
 —En el concierto.  
 —¿Sola?  
 —Completamente sola.  
 —¿Qué hacía?  
 —Nada. Parecía buscar algo que no encon-

traba.  
 —¿Algo? — repitió maquinalmente Fabregues.

—O á alguno... á vos tal vez.

—¿Qué imprudencia!

—¿Por qué? La conocen muy pocos. La imprudencia hubiera consistido en hablaros... y aun así, á un médico se puede dirigir cualquiera.

—¿Te ha visto?

—No me he presentado ante ella.

—¿La has seguido?

—¡Podéis pensarlo!

—¿No ha hablado con nadie?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con el doctor Brousse, vuestro amigo.

La frente del gascón se contrajo.

—¿Qué habrán hablado?—murmuró.

—¡Ah!... Eso no lo sé. Pero sólo han cambiado dos frases... «Buenos días... ¿Sois vos? ¿Estáis bien?»

El doctor Brousse conocía los montes de Auvernia como su propio jardín. Era uno de la media docena de sabios que pueden reivin-

dicar como dominio suyo, por derecho de creación, Mont Dore, la Bourboule y Royat.

El doctor Brousse era uno de los asiduos de Murols y de la posada de los Sauvats.

Allí había visto más de una vez á la parisiense, como llamaban á Elena en casa de su prima.

No tenía, pues, nada de extraño que al encontrarla cambiase con ella un saludo. Después de todo, ¿qué importancia podía tener este detalle para Fabregues? ¿Qué le importaban las hostilidades y las antipatías, lo mismo las del doctor Brousse que las de los otros? En la partida que jugaba, tenía á su favor todas las suertes: tenía asegurada la opulencia; todo era cuestión de tiempo, y en todo caso, no mucho. ¡Con qué satisfacción arrojaría la máscara!

Con estas reflexiones dispóse pronto la mala impresión producida por las explicaciones del criado.

—¿Y después?—preguntó con impaciencia, prosiguiendo su interrogatorio.

—Después, la joven fué á la rue Ramond y entró en la librería Avenet, donde estuvo un instante. La ví meterse un libro en el bolsillo. En la plaza mayor montó en un caballo y desapareció por la calle de Rigny. Como yo no podía disponer más que de mis piernas, permanecí tranquilo en mi puesto.

—De modo que salió de la población.

—Justamente.

—¿En dónde está?

—No se necesita mucho para adivinarlo.

—¿En Murols?

—En casa de su prima, como en años anteriores.

—¡No me ha anunciado su viaje!—pensó Fabregues.

Sulpicio pareció penetrar el pensamiento de su amo.

—Ella debe tener miedo, porque no se sabe á qué manos pueden ir las cartas.

—Está bien—dijo el doctor—déjame.

—¿No necesita el señor de mis servicios?

—No.

—¿El señor come en el hotel?

—Sí.

El criado esperaba. Fabregues metió la mano en el bolsillo y dió un luis á Sulpicio.

—Come donde quieras—le dijo—tienes permiso.

—Muchas gracias, señor.

El doctor se fué hacia la rotonda y el parque.

El criado hizo saltar la moneda en su mano, y sacó la lengua.

—Francamente—dijo mirando el luis con desden—la noticia valía más.

El doctor, después de dar un paseo entre la multitud, se dirigió cada vez más preocupado hacia el hotel de Pavillón.

Miette estaba en la puerta hablando con Bandruc, riendo á carcajadas, pero al ver á Fabregues recobró la seriedad.

Los dos doctores se estrecharon las manos. La sirviente se disponía á marchar, cuando Fabregues la llamó:

—¿No habeis visto á Minard por aquí?—preguntó.

—Desde el mediodia.

—¿Va á volver?

—Esa es su costumbre.

—¿Queriais darle algún encargo?

—Que me busque un buen coche para mañana.

—¿Para ir adónde?

—Por la parte de Murols... á Murols probablemente.

—Está bien, señor Fabregues.

—Uha victoria de movimiento suave. La señora está delicada y me acompañará tal vez. ¿Puedo confiar en que la tendré mañana á las nueve?

—Sí, señor. ¿Vendréis á comer?

—Sin duda, en otro caso avisaría.

Se alejó y volvió en seguida.

—De cualquier modo, iré mañana á Murols. No lo olvidéis... á las nueve.

—Está bien.

Cuando quedaron solos, Bandruc miró á la criada sonriendo de un modo extraño.

—Creo que la pobre debe sufrir—dijo—con ese régimen, capaz de matar al más robusto. El viejo Brousse me lo decía esta mañana.

La conversación fué interrumpida por la llegada de una joven á caballo que venía del patio del hotel.

Miette se dirigió á ella y le dijo algunas palabras al oído.

La joven repitió por lo bajo:

—A Murols... mañana... bueno... Estaré allí. Gracias.

Era Elena. Sulpicio se había engañado: ella no se había marchado. Pero el error de Sulpicio era solo de una hora.

La joven saludó al doctor Bandruc y partió, poniendo el caballo al trote ligero, mientras que el médico y la criada se miraban de nuevo.

Miette dijo:

—Dejar á la una para casarse con la otra, ¿comprendéis eso?

—¡Canalla!—dijo Bandruc encogiéndose de hombros.

## XXI

A la mañana siguiente, á cosa de las nueve, había en la posada de Faucón, en Murols, una actividad desusada.

La prima de Elena Brunoy, Rosa Sauvat, es una mujer pequeñita y delgada, vivaracha como un pájaro; no tiene más que cuarenta años; su marido le lleva veinte. Ella lo dirige todo, cuida de todo y lo arregla todo.

Todo cuanto procede de París le inspira una aversión tanto mayor cuanto que tiene que disimularla.

Solo Elena Brunoy ha encontrado gracia á

sus ojos y acapara todos los afectos de su parienta.

Esta predilección se explica considerando que Rosa Sauvat no tiene hijos, y que la naturaleza humana necesita fijar en algo el afecto del alma.

Cuando la empleada de la señora Delivet iba á Murols, se hacía fiesta.

Debe decirse que Elena era tan simpática, tan alegre, tan buena muchacha, en una palabra, que merecía la pena que se tomaba por ella.

Figuras como la suya en una casa, grande ó pequeña, producen el efecto de un buen fuego de invierno, de un rayo de sol de estío, y bastan para embellecer una morada.

Calientan, distraen y confortan el ánimo.

Aquel día, la dueña de la posada Faucón se ocupaba en preparar extraordinarios de todas clases.

Se esperaba á un personaje de importancia, anunciado y recomendado por Elena Brunoy.

A las diez y media se oyó á la puerta ruido de cascabeles, al tiempo que una victoria se detenía ante la posada.

Todos los habitantes de la casa se asomaron á las ventanas, mientras que Rosa Sauvat y su prima corrían á la puerta.

En el coche venía un hombre corpulento, que al ver á la parisiense, se apeó con ligereza que nadie hubiera podido esperar de aquella masa de carne fresca y nutrida.